

José María Ferri Coll  
*La “alegre colmena” (Menéndez Pelayo y las “cosas de España”  
en el hispanismo europeo finisecular)*  
*Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. LXXXVIII, Nº 1, 2012, 361-384*

## **LA “ALEGRE COLMENA” (MENÉNDEZ PELAYO Y LAS “COSAS DE ESPAÑA” EN EL HISPANISMO EUROPEO FINISECULAR)**

“Designio providencial es, sin duda,  
que los de fuera sean los llamados a vengar  
a la España antigua del vil menosprecio  
en que la tienen sus descastados herederos”  
M. MENÉNDEZ PELAYO

En el *Programa de Literatura española* presentado por Menéndez Pelayo (1856-1912) en las “recias” oposiciones a la cátedra de *Historia crítica de la literatura española* celebradas en 1878<sup>1</sup>, éste resumía su concepto de nacionalidad y el relieve de la literatura en la conformación de esta idea:

El ideal de una *nacionalidad* perfecta y armónica no pasa de utopía. Para conseguirla sería necesario no sólo unidad de territorio y unidad política sino unidad religiosa, legislativa, lingüística, moral... *et sic de caeteris*, ideal que hasta ahora no ha alcanzado pueblo alguno. Es preciso tomar las nacionalidades como las han hecho los siglos, con unidad en algunas cosas y *variedad* en muchas más, y sobre todo en la lengua y en la literatura (1941: I, 5).

<sup>1</sup> Morel-Fatio (1850-1924) lo felicitó por haber ganado la oposición en carta de 22 de diciembre de 1878. Aquellos actos no pasaron desapercibidos. Sorprende leer incluso en la necrológica que publicó *La Vanguardia* el 21 de mayo de 1912 el relato, pergeñado con fruición, del desarrollo de los exámenes.

En la lección primera incluyó asimismo el siguiente epígrafe: “Distinción entre nacionalidad política y nacionalidad literaria”, cuyo desarrollo dice así:

Si la historia de nuestra literatura es la del ingenio español, menester será buscarle dondequiera que se halle y en cualquier lengua o dialecto que esté formulado. El concepto de nacionalidad es harto vago y etéreo para que en él se pueda fundar literatura alguna (1941: I, 73).

Entendía, por tanto, el santanderino que la historia de la literatura española no podía abrazar tan solo aquellas manifestaciones *sensu stricto* castellanas, sino que debía abarcar toda producción, si bien escrita en otras lenguas, cuyo sustrato radicara en el “ingenio español”. El *Programa* aludido es buen ejemplo de ello: en éste el lector puede encontrar nombrados desde escritores hispanorromanos hasta catalanes, portugueses, etc., que, a pesar de no haber usado la lengua de Cervantes, pueden considerarse bendecidos por tal “ingenio español”. Una de las virtudes intelectuales de Menéndez Pelayo consistió en la capacidad de éste para juzgar los hechos por encima de los estrechos límites y las pequeñas circunstancias que no son otra cosa que la cáscara que los envuelve. Yendo al meollo de su significado y a su relevancia ideológica, aquellos actos recobran todo su significado y se presentan ante el crítico contemporáneo reverdecidos. Ciriaco Morón (1994: 260) reveló hace años una afirmación que, verbalmente, le hizo Otis H. Green sobre el particular: “Menéndez Pelayo –le dijo– vio como desde un avión lo que nosotros vamos descubriendo en carromato”. Esa manera de enfrentarse a los objetos de estudio la aplicó también para tratar de asuntos metodológicos y pedagógicos. A éstos últimos, es verdad que no dedicó muchas páginas escritas *ex profeso*, pero leyendo con atención a don Marcelino, se puede deducir que la enseñanza y los modos de aplicarla le preocuparon sobremanera. Tal vez su aversión a los krausistas y su rechazo natural a la figura de Giner de los Ríos, alimentaron ese silencio. Y si, en la idea de don Marcelino, el “ingenio español” no podía circunscribirse exclusivamente al ámbito de la literatura castellana, parece lógico que la indagación sobre éste no deba limitarse al trabajo de españoles apoyado únicamente en instituciones y publicaciones de España. Que el estudio de las “cosas de España”, como se decía en el fin de siglo, concernía igualmente a estudiosos extranjeros que españoles, fue opinión defendida por Menéndez Pelayo. Es verdad que, desde siglos atrás, se habían

dado casos de eruditos que se habían afanado por el estudio de la historia y la literatura españolas, y que la primera historia de nuestra literatura, del romanista alemán Bouterwek, se había publicado en el primer lustro del siglo XIX. A pesar de estos antecedentes dignos de encomio, ocurrió en el tiempo de Menéndez Pelayo que una serie de estudiosos europeos y norteamericanos se dedicó tanto a la investigación como a la divulgación de la lengua y la literatura españolas en sus respectivos países. Cito uno entre tantos ejemplos que se podrían amontonar sobre este último asunto: “A lo menos –escribió Mérimée (1846-1924) a Menéndez Pelayo el 17 de febrero de 1890– se servirá la Ilustre Corporación [la RAE] tomarme en cuenta el esfuerzo que hacemos por despertar entre nuestros jóvenes la afición a la literatura española tan noble como injustamente desatendida por estas tierras”. Con diferente grado de admiración y de servilismo, tales eruditos tomaron a Menéndez Pelayo por referencia obligada en todo lo que concernía a los estudios de hispanística. Le consultaron asuntos relacionados con sus investigaciones, le pidieron ayuda de diferente tipo, protección para sus discípulos, el *placet* y la difusión de sus publicaciones, recomendaciones para abrir muchas puertas de las que solo don Marcelino poseía llave, especialmente de archivos públicos y privados, etc. A cambio, el español creó una red de contactos de la que ningún investigador de su época dispuso. Los hispanistas llevaron el nombre de Menéndez Pelayo y su obra a las principales universidades y academias<sup>2</sup>, le enviaron información solicitada por él, le copiaron códigos que el sabio español no hubiera conseguido fácilmente de otro modo, le allanaron el camino de los honores y distinciones, galardones que con afán atesoraba don Marcelino, y quizás lo más importante de todo, estos investigadores extranjeros sembraron en sus discípulos la afición por los métodos y la figura intelectual de Menéndez Pelayo, en cuyas manos ponían muchas veces a los pensionados que pasaban una temporada en España investigando en la Biblioteca Nacional e incluso en la del propio

<sup>2</sup> Mérimée le confiesa el 3 de julio de 1900 que “los prólogos de su preciosa Antología de los líricos castellanos y los estudios que tan magistralmente encabezan las obras de Lope se han hecho clásicos en nuestra Universidad [la de Toulouse] y andan sin intermisión entre las manos de nuestros estudiantes; los cuales por lo tanto bien pueden gloriarse de ser discípulos de V., pues en sus libros suelen con preferencia beber la doctrina y tomar el ejemplo del buen decir”. Por su parte, el austriaco Beer (1863-1913) había escrito dos artículos sobre Menéndez Pelayo en *Wiener Zeitung*, lo que le comunica al santanderino en carta de 11 de marzo de 1894.

don Marcelino, cuyas puertas siempre estuvieron abiertas, por lo que se lee en su epistolario, para todos estos jóvenes hispanistas. Mérimée, que pedía constante apoyo de este tipo a Menéndez Pelayo para sus alumnos, e incluso para su propio hijo<sup>3</sup>, le preguntaba al maestro: “¿Quién mejor que V. para alentar y amparar a los jóvenes trabajadores que, por estos desdichados tiempos, demuestran tan sincera y decidida afición a los estudios hispánicos?”<sup>4</sup>. Mario Schiff (1868-1915), autor de un importante trabajo sobre el marqués de Santillana, le envió un ejemplar de éste a Menéndez Pelayo confesándole en carta de 15 de marzo de 1906 que le había dedicado el libro porque al santanderino le debe “este ardiente amor a España que es una de las cosas más preciosas de mi vida”. Diez años antes, en carta de 12 de mayo de 1896, Menéndez Pelayo ya había comunicado a Morel-Fatio que había conocido a Schiff, de quien espera una brillante tesis sobre los manuscritos del marqués de Santillana, deseo que se hizo realidad. Hay muchos testimonios de este cariz, pero me gustaría recordar el del teólogo Wilkens, quien reveló a don Marcelino en 1908, el 9 de diciembre, que siempre buscaba primero el nombre del español cuando leía la “Bibliografía española”, y no solo era hábito suyo sino de todos los lectores, según él pensaba. La causa de tal proceder es explicada por el remitente echando mano de un pequeño cuento no exento de miga. Dos campesinos sajones dudan de si escuchar el sermón en una iglesia en que éste se dice de forma moderna o en otra en que se hace a la manera clásica. Finalmente optan por la segunda, debido a que allí, al menos, “sabes lo que te dan”. Cuando Menéndez Pelayo pronunció la contestación al discurso de ingreso de Bonilla y San Martín en la Academia de la Historia, no ocultó su satisfacción de maestro sacando de la manga estos versos de nuestro Romancero que se escucharon así: “Si no vencí reyes moros / engendré quien los venciera”.

Aunque se discutieron las opiniones del erudito español, sobre todo las que éste iba haciendo públicas en los diferentes tomos y refundiciones de los *Heterodoxos*, nadie puso en duda la validez de su método de trabajo, que consistía principalmente en el estudio directo de las

<sup>3</sup> El catedrático francés agradeció, en carta de 26 de junio de 1903, a Menéndez Pelayo, quien “después de haber sido el maestro del padre, lo será también del hijo”, la hospitalidad con que el español había acogido a Henri (1878-1926).

<sup>4</sup> Carta de 16 de octubre de 1895. Y en 1898, el 2 de enero, le comunica que los jóvenes a los que había enviado bajo su tutela, de vuelta a Francia, se habían convertido en “fervientes admiradores de su talento”.

fuentes, la exhumación de documentos y obras que yacían olvidados en archivos y bibliotecas, y la publicación de éstos ateniéndose a la mayor fidelidad respecto del original, acompañado todo ello de un concienzudo estudio. Ernest Mérimée, en carta de 13 de febrero de 1892, a propósito de la aparición de la quinta entrega de la *Historia de las ideas estéticas*, en que Menéndez Pelayo, entre otros asuntos, se ocupó del Romanticismo francés, tocaba un tema que, aplicado a la hispanística, bien podía leerse como reivindicación de los estudios de mano extranjera sobre las cosas de España:

Y por otra parte le confesaré llanamente a V. que a mí me agradan y enseñan más los juicios de los extranjeros (digo por supuesto de los cuyo parecer ha sido informado previamente por estudios concienzudos, y precisamente porque aquellas cosas nuestras no las suelen ver con nuestros ojos (que poco más o menos gastamos los de casa mismos ojos y anteojos), y no padecen el Daltonismo nacional, tanto más de temer cuanto que no lo sienten los mismo enfermos.

Cosa parecida le espetó el protestante Hugo Schuchardt (1842-1927) a don Marcelino a propósito del famoso brindis del Retiro (1881) que el santanderino había hecho enarbolando los valores patrióticos y católicos que eran, según él, cimiento de la obra de Calderón<sup>5</sup>:

Se entiende –le escribía el 9 de septiembre de 1881–por sí mismo que solo los nacionales juzgan con autoridad del estilo de sus escritores [...]; por lo demás los extranjeros leyendo de palabra a palabra, observan muchas cositas por las cuales suelen pasar inadvertidos los indígenas. Calderón me parece el más español de los autores dramáticos; ahí está la razón de la admiración que los alemanes sienten para él<sup>6</sup>.

Don Marcelino le respondió el 25 de septiembre: “Una cosa es que me parezcan mal los alemanes de farándula y los germanófilos incons-

<sup>5</sup> El 21 de agosto de 1881, Menéndez Pelayo aclaró a Schuchardt que él no había dicho, en el célebre brindis, “nada en pro ni en contra de la cultura alemana”. Para las relaciones de Menéndez Pelayo con la cultura alemana, puede leerse el artículo de Varela (1957).

<sup>6</sup> Menéndez Pelayo, no en balde, consideraba que “Calderón es poeta más para admirado por los extraños que por los propios”, y así se lo comunicó a Schuchardt el 21 de agosto de 1881.

cientes, y otra que yo admire y respete y quiera de todo corazón a los alemanes verdaderamente sabios como lo es usted”. Este amor con que los estudiosos extranjeros se consagraban al estudio de la literatura española es reconocido por Menéndez Pelayo repetidamente. Así lo hizo con ocasión de la traducción castellana obra de Adolfo Bonilla y San Martín del *Manual de Literatura Española* publicado en inglés en 1898 por Fitzmaurice-Kelly (1858-1923), sobre quien Menéndez Pelayo opinaba así en 1901:

No hay que hacer reserva alguna respecto de hispanistas como el señor Fitzmaurice-Kelly, que más bien deben calificarse de hispanófilos, y en algún caso de *hispanis hispaniores*, como se ha dicho de algunos críticos alemanes. Años hace tiene ganada entre nosotros una especie de ciudadanía literaria (1941: I, 88)<sup>7</sup>.

En carta de 21 de agosto de 1901, el escocés agradece a Menéndez Pelayo la “exquisita bondad y fineza” de sus palabras. Venía a reconocer el santanderino el buen gusto del catedrático de Londres, Cambridge y, a partir de 1909, de Liverpool, así como su fino instinto literario. Tales cualidades se sumaban al origen católico del célebre hispanista, condición que lo liberaba “de las preocupaciones inglesas, más duras y tenaces que las de ningún pueblo” (1941: I, 89). Al mismo tiempo, este profesor había hecho las gestiones necesarias para que la Academia Británica eligiera por unanimidad a Menéndez Pelayo *Corresponding Fellow*<sup>8</sup>. Para entonces Fitzmaurice-Kelly ya era más de una década correspondiente de la Real Academia Española a propuesta de don Marcelino. Éste prefirió a los hispanistas europeos antes que a los americanos, sobre todo después de 1898, cuando “la tristeza nacional [...] a todos nos embarga”, según comunicó a Farinelli (1867-1948) en carta de 22 de junio de 1898, donde reconoce asimismo que “no faltan en la Europa latina y en Ale-

<sup>7</sup> A finales de 1892, cuando Fitzmaurice-Kelly ya había planeado la obra, escribió a Menéndez Pelayo para pedirle consejo: “Pienso publicar –le dice el 6 de diciembre– un *Short History of Spanish Literature*; y si V. me pudiese indicar los títulos y autores de algunos libros que me sirviesen en este trabajo”.

<sup>8</sup> El escocés dio los detalles a don Marcelino en carta de 1 de julio de 1909, misiva en que se dirige al santanderino como “querido maestro e ilustre amigo”. En otras ocasiones se erige en discípulo del crítico español, como en las cartas de 22 de enero de 1907, 24 de noviembre de 1908 y 23 de abril de 1909.

mania almas generosas que simpatizan con nuestra causa”. Así el 10 de febrero de 1907 reconoció al erudito italiano que casi todos los trabajos americanos eran pura bibliografía. De vuelta al *Manual* de Fitzmaurice-Kelly, después de lamentarse de los escasos estudios de mérito sobre la literatura española, el maestro español reconoció la aportación de los investigadores extranjeros:

[No hay] día que de Francia, de Italia, de Inglaterra, de la América anglo-sajona, y sobre todo de la redentora Alemania, a quien debimos la primera y más profunda rehabilitación de nuestro genio nacional, vengan en tropel monografías, tesis doctorales que son libros, ediciones críticas y cada vez más acrisoladas de nuestros clásicos, y hasta bibliotecas enteras y revistas especiales consagradas al estudio de las literaturas de la Península española. ¡Cómo contrasta esta alegre y zumbadora colmena, en que todo es actividad y entusiasmo, con el triste silencio, con el desdén afectado, y hasta con la detracción miserable que aquí persigue, no ya las tareas de los modestos cultivadores de la erudición, que encuentran en ella goces íntimos mil veces superiores a todos los halagos de la vanidad y de la fama, sino lo más grande y augusto de nuestras tradiciones, lo más sublime de nuestro arte, lo más averiguado e incontrovertible de nuestra historia, que suele calificarse desdeñosamente de leyenda, como si hubiésemos sido un pueblo fabuloso, y como si la historia de España no la hubiesen escrito en gran parte nuestros enemigos y aun en sus labios no resultase grande! (1941: I, 87).

Vio con buenos ojos, por tanto, don Marcelino, que los extranjeros se ocuparan de las cosas de España, y no dudó en proponer que se trabaran relaciones “más frecuentes y amistosas” con ellos. A Farinelli, por ejemplo, le pide en carta de 10 de abril de 1894 colaboraciones para *La España Moderna* “como medio de ir estrechando las relaciones literarias entre Italia, Alemania y España”. Años después, Foulché-Delbosc (1864-1929) agradeció vehementemente al sabio español el hecho de que lo hubiera incluido como editor en la nueva Biblioteca de Autores Españoles “en la que solo colaboran españoles”<sup>9</sup>. En 1899, el 1 de mayo, Menéndez Pelayo contestó a Morel-Fatio sobre la petición de éste en carta de 19 de abril de préstamo del código del *Libro de Alejandro*, a lo que accedió el entonces recién nombrado director de la Biblioteca Nacional, apostillando que la edición definitiva de la obra podría hacerla el

<sup>9</sup> Carta de 26 de enero de 1909.



estudioso francés “como nadie”. El intercambio, préstamo o compra de libros fue frecuente entre estos hispanistas y Menéndez Pelayo. Farinelli se ofreció en numerosas cartas dirigidas a don Marcelino para enviarle los libros que necesitara: “È sì facile –le informaba el 23 de marzo de 1902– per me comandar libri o a Firenze o a Berlino od altrove”. Y en 1905, el 25 de mayo concretamente, Menéndez Pelayo le contesta a Farinelli sobre la petición de préstamo del códice de las *Epístolas seniles* de Petrarca, que necesitaba Novati para su edición. Se situaba así lejos de la consigna lanzada, entre otros, por Cotarelo (1857-1936) de “fuera los bárbaros”, actitud mezquina que censura Farinelli en una carta en la que dice a Menéndez Pelayo lo que sigue:

D'altra parte –escribió el 12 de febrero de 1906– so pur troppo che nella patria sua s'è levato il grido “Fuori i barbari”, e lo lanciò fortísimo, tra altri, il Cotarelo, dotto e diligentísimo, ma anima gretta e meschina; trascinerrebbe costui il maestro nel dannar me, pur vantando come magistrali i miei lavori?

La respuesta de don Marcelino, seis días más tarde, resume muy bien su actitud hacia los hispanistas:

Nadie puede tacharme de hostil a los extranjeros que trabajan sobre cosas de España. He procurado y procuro ayudarles en lo que puedo, pero es claro que me mortifican a veces ciertos juicios sobre nuestras cosas. De España sabrán mucho más los extranjeros, pero algunas cosas no las sentimos más que los españoles, por rudos e ignorantes que seamos.

El año anterior, Fitzmaurice-Kelly reconoció a Menéndez Pelayo el apoyo brindado a los pocos que en el Reino Unido habían perseverado “para continuar la tradición cervantina”<sup>10</sup>. Pero desde mucho antes, el británico se había presentado ante el autor de la *Historia de las ideas estéticas* como hispanista que procuraba “interesar al público en las cosas de España”<sup>11</sup>. Se perseguía la colaboración no solo entre hispanistas de diferentes naciones, sino también entre instituciones. En ese contexto se entiende la solicitud de Fitzmaurice-Kelly para que la Academia española enviara a la británica un “saludo fraternal” de sus “hermanos españoles”,

<sup>10</sup> Carta de 18 de marzo de 1905.

<sup>11</sup> Carta de 27 de noviembre de 1894.



con ocasión de los actos conmemorativos del centenario del *Quijote* en 1905<sup>12</sup>.

En 1879, en carta de 24 de abril, Menéndez Pelayo ruega a Morel-Fatio<sup>13</sup> que dé noticias de un trabajo del santanderino sobre Arnaldo de Vilanova en las revistas francesas, porque daba por supuesto que “los críticos españoles no se fijarán mucho en él, como en ningún libro de erudición e investigación seria”. En el mismo sentido, Fitzmaurice-Kelly prometería años después a Menéndez Pelayo hablar de sus obras en *The Athenaeum*<sup>14</sup>. Aquel mismo año, el 17 de junio, Morel-Fatio comunicaba al santanderino su pesar por el cese de la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra:

Sería verdaderamente muy vergonzoso que la única colección general de textos literarios que ustedes poseen desapareciera en unos momentos en que la afición por los buenos estudios empieza a despertarse [...] Las Academias son incapaces de llevar adelante una empresa de este género. Mire si no la Biblioteca de autores clásicos de la Academia de la Lengua que no ha podido ir más allá del sexto volumen, según creo.

Y no fue la única vez que Morel-Fatio arremetió contra la Academia Española: “El programa del concurso –escribió a Menéndez Pelayo el 1 de octubre de 1882– abierto por la Academia Española [*Índice de voces usadas en obras de autores clásicos españoles*] es extrañamente absurdo. ¿Cómo una Academia, que cuenta con algunas personas inteligentes [entonces ya formaba parte de esa institución don Marcelino] y de buen sentido, ha podido redactar este artículo?”<sup>15</sup>. La mala fama de la Real Academia Española en cuanto al poco vuelo de algunos de sus miembros, la escasa producción científica de la institución, así como la casi constante guerra intestina que era el telón de fondo de su actividad, son motivo recurrente en el epistolario de Menéndez Pelayo con sus diferentes correspondientes europeos. Tras el desengaño académico del erudito español, éste aseguró a Farinelli, en carta de 13 de junio de 1907, que

<sup>12</sup> Carta de 31 de diciembre de 1904.

<sup>13</sup> Interesa leer los trabajos de Bataillon (1947) y Niño (1988: 33-70) sobre el perfil de este hispanista.

<sup>14</sup> Se lo comunicó en carta de 22 de enero de 1907.

<sup>15</sup> El año anterior, el 29 de noviembre de 1881, a propósito de la edición académica de las *Cantigas*, que no acababa de terminarse, espetó a Menéndez Pelayo: “Procure despertar un poco a sus académicos y urgirles a darnos por fin las famosas *Cantigas*”.

había hecho lo posible “por desterrar de aquella casa la insulsa retórica pero cada vez retoña con más bríos”. El italiano, por su parte, se había tomado la libertad de recordar a Menéndez Pelayo, tal vez a modo de reproche, que él, “per fortuna”, no era miembro de la RAE, a diferencia de otros hispanistas, como el bibliotecario de la Imperial de Viena, Beer, quien había copiado un valioso códice para la edición académica de Lope<sup>16</sup>, por lo que Menéndez Pelayo propuso su nombramiento como correspondiente, o Fitzmaurice-Kelly, y también las “lotte famose, quanto vergognose, all’Accademia Spagnuola”<sup>17</sup>. Estas declaraciones deben leerse en el contexto de enfrentamiento que en aquel momento mantenía Menéndez Pelayo con la institución, que no había querido nombrarlo director el año anterior, tras quedar vacante el puesto debido a la muerte del Conde de Cheste, acontecimientos de los que don Marcelino prefiere no hablar, según escribió a Farinelli el 13 de junio de 1907, y sobre los que le había preguntado el 10 de febrero del mismo año: “A mí no me han faltado enfermedades y disgustos, especialmente uno bastante grave con la Academia Española, a causa de la reciente elección de Director”. De paso, el italiano arremetió también contra algunos hispanistas. En una carta de la misma época, Farinelli se lamenta de la presunción de algunos colegas y echa de menos a los “ispanizzanti del buon tempo antico”, entre los que sobresalen Wolf (1796-1866) y Schack (1815-1894). En ellos admiraba el sabio italiano “un’anima”, un “sentimento di poesia” y una “attrazione vivissima per una Spagna ideale”<sup>18</sup>. El 20 de julio de 1909, Menéndez Pelayo, a propósito de la polémica que había suscitado Camille Pitollet (1874-1964), discípulo de Morel-Fatio, pero hombre resentido que

<sup>16</sup> En 1891 fue nombrado asimismo correspondiente de la RAE el hispanista italiano Restori (1859-1928), quien había copiado para la edición académica de las obras de Lope *La corona derribada* y *El negro del mejor amo*.

<sup>17</sup> En carta de 22 de abril de 1907. En otra carta, de 10 de julio de 1895, con ocasión de la entrada de Fitzmaurice-Kelly en la Academia, le confiesa su juicio negativo acerca de este hispanista: “Conoce Ella personalmente il Signore Fitzmaurice-Kelly, che l’Accademia Spagnuola onorò últimamente eleggendolo a membro corrispondente? I suoi lavori non mi sembrano gran cosa”. Fitzmaurice-Kelly agradeció, por su parte, a Menéndez Pelayo el nombramiento como correspondiente de la Academia en carta de 16 de mayo de 1895.

<sup>18</sup> En carta de 18 de febrero de 1907. Probablemente en ese momento no se acordó de citar a Morel-Fatio, de quien se presentaba como discípulo y amigo en carta de 23 de noviembre de 1892 dirigida a Menéndez Pelayo, y en la primera que se conoce del 22 de julio de aquel año.

atropelló la obra de muchos hispanistas de entonces, entre ellos la del propio Farinelli, dijo al italiano que “en España y fuera de España sabemos distinguir entre hispanistas e hispanistas”.

En 1891, en carta de 27 de abril, dirigida a Morel-Fatio, Menéndez Pelayo dio su *placet* a dos tesis francesas, celebrando “con gusto que algunos graduados de por ahí van tomando asuntos españoles y tratándolos con formalidad”. Sin embargo, no puede dejar de hacer notar con ironía que “los de aquí suelen tratar de Sócrates, de Confucio, de las Cruzadas, o de otras novedades por el estilo, con doctrina y juicio tan nuevos como el argumento”. No siempre los extranjeros salieron bien parados de las críticas de don Marcelino. El 27 de mayo de 1894, Croce (1866-1952) le escribía sobre una reseña publicada por el español en la *Revista de España* en la que éste ponía de relieve la insuficiente formación del italiano en el terreno de la hispanística. El celebrado italiano aceptó la crítica considerando a Menéndez Pelayo “maestro” y a él mismo “scolare” en lo que hace a estudios españoles, sobre los cuales Croce ya había escrito a don Marcelino el 14 de marzo de ese mismo año advirtiéndole de “las dificultades que los estudios españoles ofrecen especialmente a los extranjeros, siendo bien difícil de llegar a conocer las publicaciones que salen a la luz en España”<sup>19</sup>. Ese mismo año, el 11 de abril, Fitzmaurice-Kelly ponía al tanto al santanderino de que poseía todos sus escritos e incluso de que su “ejemplar de los *Heterodoxos* acaba de ser encuadernado otra vez y no atrevo decir cuántas veces lo he leído”. La obra de Menéndez Pelayo, en definitiva, había sido la base de la formación españolista de este profesor, según él mismo confiesa. Al año siguiente, don Marcelino recibió una carta de Farinelli, también amigo de Croce y por el que demuestra afecto, sentimiento poco frecuente en la correspondencia de Farinelli, aunque no mucho aprecio por su trabajo como hispanista<sup>20</sup>, en que pone de manifiesto la dificultad que tienen los extranjeros para tratar las cosas de España:

<sup>19</sup> Farinelli está de acuerdo con la afirmación de Menéndez Pelayo de que “delle –le dijo el 23 de febrero de 1906– cose loro sanno gli Spagnuoli meglio assai di noi posti in altro ambiente”. El 25 de septiembre de 1890, Wilkens le había escrito a don Marcelino cosa semejante.

<sup>20</sup> Desde enero de 1894, al menos, Farinelli advirtió a don Marcelino en sucesivas cartas de la impericia de Croce para tratar asuntos de hispanística. El 15 de enero le dijo que “non ha né perfecta conoscenza della letteratura italiana dei primi secoli [...] ne sufficiente pratica nella letteratura spagnuola nella quale non giunge più in là del Ticknor e dell’Amador de los Ríos”. Más vehemente se mostró en una misiva del 6 de mayo

Mi convinco –le escribió el 10 de septiembre de 1895– troppo crudamente che lo studiare la Spagna, com’io faccio dal di fuori, è impresa ingratisima superiore alle mie forze. Io vorrei che Ella si mettese nei mei panni [le da noticia ahora a su interlocutor de su pobre salario] per capire davvero quant’io stenti a metter insieme quel po’ di lavoro ch’io produco. Miseramente sprovviste di libri spagnuoli, son tutte le biblioteche della Germania e dell’Italia. Se io potessi godere di una corrispondenza continua e rapida con qualche illuminato della Spagna, farei il doppio di ciò che or fachio [...]. L’affabilità, la generosità, la modestia (affatto l’opposto del tanto decantato orgoglio) degli Spagnuoli, mi hanno sempre stupito; è peccato, gran peccato che in generale siano tardi nel corrispondere cogli amici fuori del loro paese.

Los estudiosos españoles, sin embargo, no podían echar mano de estos argumentos para justificar su escaso interés por la investigación. Asimismo tampoco era recíproco el interés manifestado por éstos hacia las publicaciones extranjeras. Precisamente, en una de las dos reseñas que consagró al estudio de Farinelli *Lope de Vega y Grillparzer* (1894)<sup>21</sup>, el santanderino se quejaba amargamente de la escasa afición de los lectores y estudiosos españoles por obras extrañas que no fueran las más recientemente impresas en Francia. Al hilo de estas observaciones, Menéndez Pelayo recuerda que el gran dramaturgo austriaco no solo es digno de admiración, y sus obras representadas, editadas y estudiadas, sino que goza asimismo de una publicación periódica especializada (*Grillparzer-Jahrbuch*), reclamando el mismo modo de proceder para España:

En España, la existencia de tal revista o anuario (aunque estuviese consagrado al mismísimo Cervantes) sería el modo más eficaz de infundir tedio invencible a los lectores y aun de provocar una reacción violenta

---

de ese año: “É peccato che il Croce intraprenda gli studi di relazione sull’Italia e la Spagna con una conoscenza superficialissima della letteratura spagnuola e assai poco preparato”. Y finalmente, el 21 de agosto daba cuenta de los muchos medios materiales con que contaba Croce, de la ayuda que el propio Farinelli le había prestado en su formación en el ámbito de los estudios españoles. A pesar de ser hombre erudito, concluye Farinelli, “non nel campo speciale Italo-Spagnuolo”.

<sup>21</sup> Farinelli regaló a Menéndez Pelayo un ejemplar del libro, de lo que da cuenta en una carta de 6 de mayo de 1894: “Accolga, caro e illustre amico, questo povero mio saggio como pegno dell’amore sviscerato ch’io nutro per la sua patria”. Le había anunciado el envío en otra carta de 2 de abril de aquel año. Menéndez Pelayo le había cursado recibí el 10 de abril de ese año.

contra el autor encomiado; pero en Alemania y en otras partes (donde las gentes suelen ser más doctas y también más sencillas y menos resabiadas y estragadas de gusto), las cosas pasan de distinta manera, y cuando se estudia y ama a un autor, se le ama y estudia de veras, y todo parece poco para enaltecerle y para desentrañar los primores de sus obras (1941: III, 28).

Y en carta de 13 de enero de 1895 dirigida a Morel-Fatio se quejaba don Marcelino del “mamotreto voluminoso” en que se había convertido *La España Moderna*, deseando “una revista mucho más pequeña, pero que salga con más frecuencia, y trate sólo de erudición española”. Tampoco Morel-Fatio estaba muy satisfecho con esta publicación. En carta de, probablemente, octubre de 1894 le comunica a Menéndez Pelayo que ha advertido una “errata notable” en un artículo de éste impreso en dicha revista. Añade el francés que en el suyo “las hay como el puño”. Y concluye indignado: “No concibo cómo se pueden hacer las cosas tan sin formalidad ni conciencia. ¿No tienen en esta revista un hombre capaz de leer y corregir unas pruebas?”

En la otra reseña sobre la obra mencionada arriba, Menéndez Pelayo no escatimó elogios hacia Farinelli, considerándolo “una de las personas más conocedoras de nuestra literatura” (1941: V, 393)<sup>22</sup>. Le agradó a don Marcelino la capacidad que el erudito italiano demostraba a la hora de percibir y describir la belleza. De la misma manera, el santanderino valoró la facilidad demostrada por el autor en la realización de trabajos de literatura comparada. En carta de 6 de julio de 1894, el español confesó

<sup>22</sup> Aun a riesgo de aburrir al lector, copio unas palabras más que tienen interés por recoger la idea de Menéndez Pelayo expresada en diferentes lugares de que los estudiosos deben trabajar conectados entre sí para mejorar la calidad de sus frutos: “Todos los estudiosos de las cosas de España debemos regocijarnos de la aparición inesperada de un colaborador de tan raro mérito, que parece providencialmente suscitado para trabajar en la triple alianza literaria que a todos nos importa tanto” (1941: V, 395). Aludía don Marcelino al hecho de que Farinelli hablaba, entre otras lenguas, español, italiano y alemán, y escribía con soltura sobre sus respectivas literaturas. El italiano, en otro sentido, se mostró siempre ante Menéndez Pelayo como discípulo y admirador de la obra del maestro: “L’opera –le revela en carta de 18 de julio de 1908– de miei amici migliori è a me quasi più cara dell’opera mia propria”; “L’opera –le decía en otra misiva de 31 de enero de 1909– di un amico come è Lei, è per me infinitamente più preziosa dell’opera mia propria”. Sobre este hispanista es preciso consultar el trabajo de Gargano (1993), en que se establece el periodo que empieza en 1892 y llega hasta 1907 como años que dedicó más intensamente a las “cosas de España”. Coincide aproximadamente con su estancia en Innsbruck (1993: 59-60).

a Farinelli que “el espíritu del libro me ha encantado por estar conforme con mi gusto personal”. En otra misiva de 20 de septiembre de 1908, sin ningún tapujo, el autor de los *Heterodoxos* alabó a Farinelli así: “Es Vd. un portento en materia de literatura comparada [...]. No sé cuántos eruditos habrá en Europa capaces de llevar a término una obra de tan inagotable contenido, de tan riquísima y exacta información [se refiere a *Dante y la Francia*] [...] Vd. es de aquellos raros y selectos espíritus a quienes el polvo de los libros no ha cegado los ojos para la contemplación de la belleza”. El italiano había escrito por primera vez a Menéndez Pelayo el 22 de julio de 1892, a los veinte años de su edad, para presentarse y dar cuenta al maestro de sus trabajos en el campo de la hispanística. Tiene a don Marcelino como el “più dotto e il più universalmente informato nelle *cosas de España*”. Contaba, eso sí, con los avales de Gaston Paris (1839-1903) y Morel-Fatio. En la línea de Menéndez Pelayo se situó precisamente este último en sus invectivas contra la falsa erudición y la declamación de que se servían muchos historiadores y catedráticos españoles, que llegaban a las academias y a las universidades no debido a su relevancia científica sino a su condición de políticos o escritores de cierta nombradía, como fue el caso de Castelar, por citar a un hombre conocido. Uno de los maestros del erudito francés, Gabriel Monod (1844-1912), encargó a su discípulo la redacción de un panorama de los estudios históricos en España destinado a publicarse en un número de la *Revue Historique* de 1877. La conclusión a la que llega Morel-Fatio no podía dejar en peor lugar a la erudición española, afirmando incluso que se debía a los extranjeros todo lo que se sabía de la historia de la lengua española, trabajos que ni siquiera los eruditos españoles se molestaban en leer<sup>23</sup>. Sus constantes *tours de force*, sobre todo a propósito del plan de la Real Academia de la Historia para elaborar un manual de historia de España, le valieron la respuesta de esta institución y de muchos historiadores españoles<sup>24</sup>, hecho que Menéndez Pelayo condenó: “¿Cuándo se olvidará Vd. de lo que le hicieron en la Academia de la Historia Moreno Nieto y otros mentecatos?”<sup>25</sup>. No obstante, el 3 de mayo de 1879, el francés fue nombrado correspondiente de la Academia de la Historia, honor al que renunciaría en 1881, año en que recrudeció su hostigamiento a las publi-

<sup>23</sup> Lo cuenta con lujo de detalle Niño (1988: 47 ss.).

<sup>24</sup> Léase lo que dice Altamira (1898), por ejemplo, a propósito de los que el alicantino denomina *hispanólogos*.

<sup>25</sup> Carta de 8 de mayo de 1894.

caciones de la institución. La casualidad quiso que, al año siguiente, don Marcelino ocupara el sillón que Moreno Nieto había dejado vacante tras su muerte. En el discurso pronunciado en 1883 (1941: VII, 3-30), aunque muy maquilladas y aligeradas, todavía se pueden notar los distintos modos de entender la investigación historiográfica de estos dos académicos.

El avance de los nuevos métodos de trabajo y tanto la difusión como la crítica de las investigaciones que iban viendo la luz cristalizaron en revistas científicas que cada vez se especializaban más en el tratamiento de las “cosas de España”. En 1894, Menéndez Pelayo (1941: V, 355-359) saludó “con júbilo” la aparición de la *Revue Hispanique*, dirigida por Foulché-Delbosc, entre cuyas funciones estaba la de “unir los esfuerzos de todos los que trabajan en estos importantes estudios [de lengua y literatura españolas]” (355). Reseñó en esta ocasión el primer número de la recién nacida publicación alabando su contenido así como el *savoir faire* del editor y director de la *Revue*<sup>26</sup>, aunque el santanderino no pasó por alto el reproche a la pobreza de la bibliografía y de la crónica literaria de actualidad. Sin embargo, en carta de 7 de julio de ese mismo año decía a Morel-Fatio que “el primer número [de la revista] no es gran cosa, pero trae algunas curiosidades, y de todos modos la empresa es útil, y los aficionados debemos ayudarla”. En 1899 aparecería la otra gran revista del hispanismo francés, el *Bulletin Hispanique*, en cuyo primer número E. Mérimée recalcó el valor de la obra de Menéndez Pelayo para el estudio de la literatura española. La nueva publicación cayó a Foulché-Delbosc como un jarro de agua fría. El director de la *Revue* lanzó desde ese momento una campaña feroz contra los promotores del *Bulletin*. Mérimée se dirigió a Menéndez Pelayo el 30 de abril de 1901 pidiendo el amparo de éste así como su participación en la recién nacida revista<sup>27</sup>. Pero re-

<sup>26</sup> Foulché-Delbosc le agradeció la reseña en carta de 22 de noviembre de 1894. Las revistas que venían publicando en Francia las investigaciones positivistas de corte histórico eran la *Revue Critique*, *Romania* y *Revue Historique*, de las que era asiduo colaborador Morel-Fatio, sobre todo en calidad de reseñista, labor que a la sazón tenía más prestigio que en la actualidad. Aprovechó el francés las tribunas que sus maestros le brindaron para criticar aquellos trabajos que no obedecían a los nuevos métodos científicos.

<sup>27</sup> En 1909 seguían todavía enzarzados en esta polémica, según se desprende de la carta que Mérimée remitió a Menéndez Pelayo el 6 de enero. Le recuerda ahí que todavía no ha enviado ningún artículo para el *Bulletin*, a pesar de los ruegos constantes del francés, y al contrario, las páginas de la *Revue* sí habían sido honradas con las colaboraciones del santanderino. Pero quien puso patas arriba la idea de un hispanismo



trocedamos al año de 1894 porque el 16 de abril, don Marcelino insistía a Croce en la necesidad de aunar esfuerzos: “La empresa en Vd. se halla empeñado de escribir la historia de las recíprocas relaciones intelectuales entre ambas penínsulas hespéricas, es, a mi juicio, de la mayor importancia, y creo que todos los aficionados a este orden de estudios, debemos contribuir a ella”. Unos meses antes, el 15 de enero, el santanderino había recibido carta de Farinelli en que el italiano le pide apoyo para acometer sus trabajos en torno a España aludiendo a una deseable hermandad entre los estudiosos para “rendere simpatica e far amare questa nazione [España] ingiustamente sconosciuta, a riannodare el legame tra fratelli e fratelli”. Sobre esa unidad, años atrás, el 6 de mayo de 1881, don Marcelino había escrito a Morel-Fatio instándolo a cumplir el siguiente *desideratum*: “Trabajemos [...] y ayudémonos mutuamente”. Esta carta no tiene desperdicio, y muestra a las claras que Menéndez Pelayo puso el progreso de la ciencia por encima de cualquier otra consideración. El deseo que el español había transmitido a su colega francés era el corolario a una serie de desquites que don Marcelino había hecho a cuento de las críticas de Alfred Morel-Fatio hacia su *Historia de los heterodoxos españoles*, para confeccionar la cual el francés consideraba al santanderino poco preparado y tendencioso por su militancia católica: “Yo juzgo –espetaba Menéndez Pelayo– los hechos con mi criterio católico, pero ni los altero ni los falsifico, y creo que en esto puedo preciarme de haber sido imparcial y verídico”<sup>28</sup>. En otra carta de enero de ese año ya le había advertido: “No convengo en que mi libro sea de partido. Es de historia, pero escrito

---

francés pacífico y razonable fue Camille Pitoulet, que, emancipado del maestro, y poseído por un fuerte resentimiento, aunque, como le reconoce Menéndez Pelayo no exento de razón, arremetió contra los más poderosos hispanistas franceses de entonces, sobre todo contra Martinenche (1868-1939) y Mérimée padre, sin dejar títere con cabeza en su particular combate. Sobre este último escribió a Menéndez Pelayo el 27 de diciembre de 1911 que “había arruinado el hispanismo por sus consecutivas arbitrariedades e injusticias”. Menéndez Pelayo se mantuvo al margen de las agrias polémicas suscitadas por el hispanismo francés de este tiempo. Así se lo dijo a Pitoulet el 12 de octubre de 1909: “Allá ustedes las diluciden”. Conviene leer lo que dejaron publicar a este hispanista francés acerca del asunto (1921 y 1949).

<sup>28</sup> En carta de 9 de enero de 1891, refiriéndose a la biografía que Cayetano de la Barrera (1815-1872) había publicado sobre Lope sin muchos tapujos sobre asuntos escabrosos, le confiesa a Morel-Fatio que “tiene manga bastante ancha en estas materias” y que intervino para que la obra de Barrera saliera “íntegra, y sin ningún expurgo, como el que dicen que quisieron hacer los jueces del certamen de la Biblioteca Nacional cuando él [Barrera] la presentó”.

por un creyente que no disimula lo que cree, pero que teme no poco alterar la verdad a sabiendas”. Morel-Fatio le había censurado duramente su postura en carta de 24 de diciembre de 1880:

Comprendo perfectamente que todo lo que no es católico, romano y español, le sea antipático; pero una historia no es un acto de acusación. Lo que me choca, sobre todo, es que Vd., horaciano, amigo ferviente de la mesura y del buen gusto, se deja llevar a negar a los protestantes toda virtud sólida e incluso el talento literario [...]. Esta pasión constante y, debo decirlo, poco razonada que se manifiesta en todas las páginas debilita más bien que robustece todas sus tesis. Por mucho que sea el mérito de la parte *positiva* del libro, es, sin embargo, por los juicios que Vd. hace sobre los hechos, un libro de partido, lo que deploro profundamente.

Más justo fue el catedrático de Estrasburgo Boehmer (1827-1906), quien no compartió la interpretación de Menéndez Pelayo, pero alabó en diferentes ocasiones el saber y la compilación de datos que había demostrado el autor. Años después, concretamente el 15 de agosto de 1889, volvería a escribir a Morel-Fatio anunciándole “una nueva edición de los *Heterodoxos*, que será una completa refundición, en que añadiré todos los datos que he ido adquiriendo, rectificaré las cosas que están equivocadas, y procuraré que la parte científica se sobreponga a la parte polémica”. También escoció al santanderino la poca estima con que el erudito francés, hombre por otro lado de escasa sensibilidad poética, acogió sus versos. Sin embargo, a pesar de los juicios adversos, don Marcelino siguió apostando por la colaboración entre colegas como un modo de trabajo capaz de arrojar buenos frutos. Se percibe asimismo la admiración que Menéndez Pelayo siente por Morel-Fatio, y la tibieza con que se defiende de las críticas del francés, de quien lee con avidez todos los trabajos. “No deje Vd. de enviarme todo lo que publique” –le dice al final de una carta fechada a 10 de marzo de 1883<sup>29</sup>–. Incluso al mes siguiente, Menéndez

<sup>29</sup> Y así también a pie de otras misivas: “No deje Vd. de tenerme al tanto de todo artículo que dé a luz” (21 de septiembre de 1886). En otra carta de 1 de junio de 1887 le dice: “Sé que ha publicado Vd. un poemita catalán, imitación del *Feritus* [?] latino, y no sé si alguna otra cosa de literatura catalana. Quisiera tener estos artículos, pues aunque no soy filólogo ni catalanista de profesión, me interesa todo lo que tiene relación con la literatura patria, y además procuro reunir con especial cuidado todos los escritos de Vd.”. El 22 de agosto de 1890 le pregunta por la aparición del segundo tomo de los *Études sur l’Espagne*, y le ruega que se lo mande enseguida.

Pelayo le envió “de *su* maldita letra” la copia de los preliminares del *Lazarillo* “capado” de 1573 que Morel-Fatio necesitaba para culminar su edición. “No he querido detenerlos [los preliminares] haciendo que los copiasen” –le dice en carta de 26 de abril de 1883–<sup>30</sup>. Más apreció el estudioso francés la *Historia de las ideas estéticas*, lo que Menéndez Pelayo le agradeció en carta de 11 de enero de 1889, en que reconoce al paso la deuda contraída con los críticos franceses del XIX, a quienes debe, según reconoce, “gran parte de *su* educación literaria”. También Croce felicitó a Menéndez Pelayo por esta obra, que consideró “un monumento che onora la letteratura spagnuola” en una misiva de 15 de septiembre de 1902. Aquel año, Menéndez Pelayo correspondía al italiano alabándolo por su *Estética*, cuya parte teórica le había parecido al santanderino muy original y “en gran parte –le dice en carta de 4 de septiembre– conforme con lo que yo pienso”. En la parte histórica de la obra del italiano, Menéndez Pelayo también ha hallado satisfacción no solo por verse citado sino también porque, a su juicio, no hay “exposición más completa, más nutrida, más razonada e imparcial de la historia de las doctrinas estéticas que la que Vd. ha hecho”.

Pero volvamos de nuevo a la primera mitad de la década del ochenta, porque en 1884, probablemente en el mes de octubre, don Marcelino dio la razón a Morel-Fatio por el varapalo que éste había dado a la edición de la obra inédita del utrerense Rodrigo Caro publicada por la Sociedad de Bibliófilos de Sevilla en 1883, aunque lamenta Menéndez Pelayo haberse visto envuelto. A él le habían encargado una semblanza del autor de la *Canción a las ruinas de Itálica* que hacía las veces de prólogo de la edición censurada por el hispanista francés<sup>31</sup>, a quien confiesa que solo había tenido a la vista las pruebas de las páginas que él había escrito, y que, por tanto, no se responsabiliza de los descuidos y

<sup>30</sup> Morel-Fatio, en carta de 17 de mayo de 1887, le dice a Menéndez Pelayo: “No he querido dar a nadie el cargo de transcribir el manuscrito de Marchena. Lo copio yo mismo”. Las copias de códices eran habituales en el trato entre hispanistas. En algunas ocasiones se encargaban a alumnos aventajados o a “amanuenses” profesionales, pero el celo de los investigadores y el deseo de trasladar con la mayor fidelidad el original hacía que los mismos eruditos emplearan su tiempo en tal labor. Fitzmaurice-Kelly, por ejemplo, remite a Menéndez Pelayo copia del autógrafo de *Quien más no puede* de su puño y letra junto a una carta de 1 de septiembre de 1903.

<sup>31</sup> El trabajo de Menéndez Pelayo sí fue del gusto del hispanista francés: “Paladeéme –le dice en carta de 1 de marzo de 1884– con su estudio sobre Rodrigo Caro, que me ha gustado muchísimo”.

yerros que el sabio francés había dejado patentes. El 21 de septiembre, Morel-Fatio ya le había anunciado a don Marcelino su determinación: “Acabo de publicar un artículo (o sea una buena paliza) sobre la edición sevillana de los *Días geniales*, una vergüenza para la sociedad aquella”. En 1886, Morel-Fatio había consagrado un artículo a Menéndez Pelayo en la *Revue du Monde Latin*. El 21 de septiembre, don Marcelino escribió al autor para darle las gracias “por el ingenioso artículo”, del que reconoce que “tiene cosas agrídulces, pero el fondo es benévolo con exceso”, para concluir afirmando que en todo el artículo reconocía “la mano de un amigo, movida más por la indulgencia que por la justicia”. En esa misma carta, le habla de otro célebre hispanista, Mérimée, de quien había leído un libro sobre Quevedo, que le parece “sólido, erudito y de la buena escuela”. Es el momento de mayor aprecio de Menéndez Pelayo por el hispanismo francés: “Veo con gusto que en Francia comienzan a estudiarse con formalidad nuestras cosas”, y de reconocimiento del magisterio de Morel-Fatio: “A Vd. –continúa– principalmente se debe la iniciativa”. En misiva de 8 de mayo de 1894, Menéndez Pelayo le anunció a Morel-Fatio la copia de unas cartas de D’Alembert y otros que el propio don Marcelino ha realizado para el francés en prueba de que no “le guarda rencor alguno a pesar de los arañazos más o menos caritativos, con que Vd. suele favorecerme cuando por raro caso suele acordarse del santo de mi nombre”<sup>32</sup>. Sobre una lección equivocada del *Cancionero de Baena* (*judino* por *indino*) en que había incurrido Menéndez Pelayo dejándose llevar por el impreso y no por el códice, que no había podido ver, ironizó el santanderino defendiendo de paso la razón científica independientemente de la nacionalidad de quien la haga servir:

Y créame Vd. otra cosa, y es que no sólo los españoles (raza inferior, como es sabido) hemos leído *judino*, porque así estaba impreso en las dos ediciones del Cancionero, sino que lo ha leído también un francés (omniscio e infalible por el mero hecho de serlo)<sup>33</sup>.

<sup>32</sup> Cosa parecida le reprocha a Farinelli en carta de 4 de febrero de 1906, en cuyos trabajos, según don Marcelino, “a cada momento nota y censura” estudios del santanderino. “Por esta especie de corrección fraternal –sigue quejándose– le quedo agradecido aunque casi nunca me cita más que para impugnarle y zaherirme”.

<sup>33</sup> El 10 de mayo de ese año, Morel-Fatio le respondió así: “¡Cuán asombradizo es Vd., sobre todo conociendo tanto tiempo acá mi mal genio! Nunca pensé que estos reparillos en una de sus últimas publicaciones podían *arañarle*; lo he hecho buenamente, y porque tratándose de un libro que sirve para la enseñanza [...] conviene que sea,

Mientras tanto, Farinelli se iba erigiendo en auténtico divulgador de la obra de Menéndez Pelayo en Italia y en otros países de Europa. El 15 de enero de aquel año le dice que habla mucho de él a Weltrich (1844-1913). Apostilla asimismo que el célebre biógrafo de Schiller considera a Menéndez Pelayo un “seltener geist” (‘espíritu singular’). “Prima di corresponder meco –aseveró el 21 de agosto– il Croce e tant’altri ignoravano affatto che vi fosse un Menéndez al mondo”. Un año después no dudó en retratar a Menéndez Pelayo “assediato dagli amici –le escribió el 13 de febrero–, da tutti, tirato di quà e di là, compiacente con tutti, benefico a tutti, guida e maestro a tutti”. A la adulación se suma en la misma misiva la voluntad de propaganda del aludido hispanista: “Io non finirò mai di fare propaganda per un uomo così prodigioso com’Ella è”<sup>34</sup>. Y al año siguiente, el 17 de mayo, el italiano comunica a Menéndez Pelayo la fama que ha cosechado la obra del santanderino y cómo el hispanista italiano ha contribuido a trabar relaciones entre los estudiosos de la literatura española de los dos países, en la misma línea en que se había manifestado Menéndez Pelayo, según se ha dicho arriba:

Ha visto quanto affetto e quanta venerazione le portano i miei colleghi in Italia in tutti i loro scritti? Non è vero che mi posso gloriare d’aver stretto un po’più davvicino le relazioni intellettuali fra due popoli fratelli?

Tal pose se mantuvo hasta la última carta que le envió el 16 de mayo de 1912 y que no llegó a tiempo, pues Menéndez Pelayo moriría tres días después. Le recordaba allí que él había defendido el valor científico de la obra del santanderino cuando éste contaba con enemigos sobre todo a propósito de los *Heterodoxos*: “Quand’io altamente proclamavo Lei solemne maestro e volevo si facessero gli onori meritati come al più geniale e fecondo degli storici della Spagna contemporanea non superato de nessuno in Germania e altrove, mi ponevan come spettro –che cosa– gli *Heterodoxos*!”.

---

en lo posible, correcto y fundado en una verdadera revisión de los mss. o antiguas ediciones”.

<sup>34</sup> Ya se lo había dicho el 3 de enero de ese mismo año: “Io parlo de Lei sovente agli amici sparsi pel mondo”. Wilkens le había dicho lo propio respecto de Austria con gran hipérbole: “Así su nombre llega a cientos y miles de personas –le informó el 10 de octubre de 1889 a propósito de una reseña– que de otra manera nunca le hubieran conocido”.

Decía el maestro a alguno de sus discípulos que, al final de la jornada, se sabría qué queda del trabajo realizado. Respecto del asunto de este artículo, creo que su aportación fue decisiva. Menéndez Pelayo contribuyó eficazmente a la europeización de los estudios de hispanística, amparado en su idea de que “todas las cosas, las sabemos entre todos”, según el consejo que había dado a Pitollet, *enfant terrible* del hispanismo francés<sup>35</sup>. A fin de cuentas, como dejó escrito al mismo hispanista, “las letras humanas deben ser lo que su nombre dice. Han de servir para hacer más humanas y apacibles, no más duras y ásperas, las relaciones entre las gentes”<sup>36</sup>. Así procuró que fuera entre quienes formaron aquella “alegre colmena”.

JOSÉ MARÍA FERRI COLL  
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

---

<sup>35</sup> En carta de 12 de octubre de 1909.

<sup>36</sup> En otra misiva de 22 de abril de 1906.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALTAMIRA, Rafael, "Hispanólogos e hispanófilos", en *Historia y Arte*, Madrid, V. Suárez, 1898, pp. 213-220.
- AMADE, Jean, "Les études hispaniques en France", en *Études de littérature méridionale*, París-Toulouse, Picard-Privat, 1907, pp. 237-277.
- AUBRUN, Charles, "Une décade decisive dans l'histoire de l'hispanisme française", 1894-1904, *Les Langues Modernes*, XLVII, 1, 1953, pp. 93-97.
- AZORÍN, *Hispanistas*, en *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1947, III, 1023-1026.
- BARON, André, "Epistolario de Menéndez Pelayo y P. H. Cazac", *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, 47, 1971, pp. 3-150.
- BATAILLON, Marcel, "L'hispanisme au Collège de France: Alfred Morel-Fatio", *Bulletin of Hispanic Studies*, XXIV, 1947, pp. 132-139.
- BELTRÁN DE HEREDIA, Pablo, "Correspondencias de hispanistas franceses con Menéndez Pelayo", *Revista de la Universidad de Madrid*, II, 1, 1942, pp. 141-167.
- BERTRAND, Jean Jacques, "Los comienzos del hispanismo alemán", *Clavileño*, XIV, 1952.
- BONILLA Y SAN MARTÍN, Adolfo, "Los estudios hispánicos en Francia (Foulché-Delbosc)", *Ateneo*, I, 1906, pp. 518-525.
- COUTU, Albert Cécile, *Hispanism in France from Morel-Fatio to present (1875-1950)*, Washington, The Catholic University of America Press, 1954.
- GARGANO, Antonio, "Arturo Farinelli e l'origine dell'ispanismo italiano", Roma, Instituto Cervantes, 1993, pp. 55-69, separata de *Atti del Congresso L'apporto italiano alla tradizione degli studi ispanici* (Nápoles, 1992).
- LOHGMANN VILLENA, Guillermo, *Menéndez Pelayo y la Hispanidad*, Madrid, Rialp, 1957.
- MARIUTTI, Angela, "Cartas de Menéndez Pelayo a Teza", *Revista Bibliográfica y Documental*, 5, 1991, pp. 247-354.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, ed. de E. Sánchez Reyes, Santander, Aldus, 1941, 7 vols.
- Epistolario*, ed. de M. Revuelta Sañudo, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1982-1991, 23 vols.
- MEREGALLI, Franco, "Menéndez Pelayo, Croce e Farinelli", *Quaderni Ibero-Americani*, 1965, pp. 99-114.
- MOREL-FATIO, Alfred, "Don Marcelino Menéndez Pelayo", *Revue du Monde Latin*, IX, 1886, pp. 478-482.
- "Menéndez y Pelayo", *Revue des Lettres Françaises et Étrangères*, II, 1900, pp. 51-56.



- MORÓN ARROYO, Ciriaco, "Menéndez Pelayo y el hispanismo", *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, 1994, pp. 227-261.
- NIÑO RODRÍGUEZ, Antonio, *Cultura y diplomacia. Los hispanistas franceses y España (1875-1931)*, Madrid, CSIC, 1988.
- PASTOR, A. R., "Breve historia del hispanismo inglés", *Arbor*, 28 y 29, 1948.
- PENNA, Mario, "Menéndez y Pelayo y la hispanística italiana", *Arbor*, XXXIV, 1956, pp. 503-515.
- PITOLLET, Camille, "Sur les limites de l'hispanisme scientifique", *Hispania*, IV, 1921, pp. 224-225.
- "Epistolario de C. Pitollet y Menéndez Pelayo", *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, 1949, pp. 229-345.
- RIVIERE, Jean-Marie, "Menéndez Pelayo en el hispanismo francés", *Arbor*, XXIV, 1956, pp. 516-524.
- ROGER, J., "El hispanismo francés", *Arbor*, VIII, 1947, pp. 195-224.
- SÁNCHEZ REYES, Enrique (ed.), *Epistolario de Morel-Fatio y Menéndez Pelayo*, Santander, CSIC, 1953.
- VARELA, José Luis, "Fortuna de Menéndez Pelayo en el hispanismo alemán", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 93, 1957, pp. 411-416.

